

fueron ejecutados juntamente con dos cómplices en 26 de julio de 1756. Desde aquel momento fué mas que nunca el senado dueño absoluto del país y de todo el poder; ó mejor dicho, el dueño verdadero era el que pagaba á esta nobleza venal y miserable, el embajador francés marqués de Havrincourt, el cual reinaba en Estocolmo como soberano omnipotente, tanto mas cuanto que entonces la diplomacia rusa marchaba de acuerdo con la francesa. El partido de los «sombrosos» que así se llamaban los que se habían vendido á la Francia, y el de las «gorras» ó sean los que se habían vendido á la Rusia, se habían hecho hasta entonces cruda guerra; pero á la sazón, á consecuencia de la alianza entre las dos naciones, vivían en paz y conformes disfrutando con gran alegría los abundantes subsidios franceses. Así, pues, el senado resolvió declarar la guerra á la Prusia como antes la había declarado á la Rusia. Pero había pasado el tiempo de que una declaración de guerra de la Suecia pudiera conmover la Europa; y aquella guerra, dirigida por la mas degenerada de todas las oligarquías, tuvo el resultado de siempre. Los subsidios que cobraba la pandilla gobernante fueron derrochados en toda clase de fiestas en Estocolmo dejando el hambre, la desnudez y los trabajos para los pobres soldados, que cuando llegaba la ocasion de pelear salían siempre derrotados, como había sucedido el 3 de setiembre de 1741 cerca de Willmanstrand. Lo mas frecuente sin embargo era que no llegasen á combatir siquiera, porque el hambre los dispersaba antes, como había sucedido en 1739 tambien en Finlandia, ó bien porque rendían las armas ante el enemigo, como habían hecho en setiembre de 1742 en el campamento de Helsingfors. No fué pues un adversario terrible el que entró en 21 de marzo en las filas de los enemigos del rey de Prusia.

Estaba en Viena ocupado el conde d'Estrées con el de Kaunitz en largas y laboriosas negociaciones sobre el plan de operaciones de guerra; y en Versalles el abate Bernis, mirando por los intereses de Francia mas de lo que se había mirado antes, trabajaba igualmente noche y dia en la redacción de un contraproyecto en contestación al proyecto austriaco de un convenio secreto sobre las proposiciones de setiembre de 1756, cuando conmovió á la Francia una de aquellas crisis interiores peligrosas que aunque no tenían consecuencias palpables, no dejaban de patentizar el siempre creciente aumento del espíritu de insubordinación que con espantosa rapidez se extendía gradualmente á nuevas capas de la sociedad, y demostraba en todo caso la profunda incapacidad del gobierno.

En vísperas de la guerra general europea, la camarilla y la política de la Pompadour con todos sus adherentes estuvieron á punto de derrumbarse súbitamente. Pero pasó el momento del peligro mortal, y aquella mujer solapada y sin conciencia quedó vencedora y dueño absoluto y reconocido de todo el mundo, del rey y del reino de Francia, de su tesoro, de su política y sus tropas de mar y tierra.

A consecuencia de las grandes extralimitaciones del fanático arzobispo de Paris, había vuelto á inflamarse con gran violencia la contienda antigua é interminable entre el clero partidario de la bula *Unigenitus* y los jansenistas del parlamento, mientras por otro lado clamaban y se oponían simultáneamente todos los parlamentos del país contra los decretos sobre impuestos cada día mas opresores que expedía el gobierno cada vez mas apurado de recursos. El gobierno había remitido al parlamento en 7 de julio de 1756 para su registro toda una coleccion de edictos de hacienda, entre los cuales excitó la mayor indignación uno que tenia por objeto añadir un segundo 20 por 100 sobre los beneficios de todas las industrias, al primer impuesto de este género, de-

cretado en 1749, y que hacia tiempo debía estar ya abolido.

La inscripcion en el registro tuvo que efectuarse en lo que se llamaba cámara de justicia (*lit de justice*) ó sea en una sesión solemne, presidida por el rey, que resolvía entonces como señor absoluto los asuntos de que se trataba. Esto sucedió en 21 de agosto; pero apenas se hubo realizado, cuando el parlamento protestó solemnemente contra la fuerza que se le había hecho, y los demás parlamentos se adhirió á esta protesta y se negaron á registrar aquellos edictos.

Cosas análogas habían sucedido otras veces y no era este por consiguiente un suceso nuevo; pero lo nuevo fueron el lenguaje y modo en que se protestó, y la impresión que causaron en las masas. Los jueces, cuyas ideas eran completamente feudales, pronunciaron esta vez discursos á manera de demagogos, usaron expresiones tomadas del *Espritu de las leyes* de Montesquieu; atacaron cuerpo á cuerpo y sin consideración ninguna, así los «proyectos perniciosos» como al «gobierno autocrático,» apelando á los principios fundamentales de la monarquía; trataron las resoluciones del consejo de ministros de abortos de conspiraciones, con las cuales se había sorprendido al rey, y resumieron su juicio sobre el modo de tratar al parlamento en las palabras siguientes: «¿Qué ciudadano se resolverá en adelante á entrar en la carrera de las leyes? Solo se quieren esclavos para el cargo de juez.» Al propio tiempo, el parlamento de Paris sentó la doctrina enteramente nueva, de que todos los parlamentos de Francia formaban juntos un cuerpo único, que desde Paris se ramificaba por toda la nación. De esta doctrina á la de que la magistratura era la representación de la nación francesa ante el soberano no había mas que un paso. El rey por instinto tomó el asunto con mas seriedad que de costumbre, y un día dijo á la Pompadour: «Los togados y el clero me desesperan con sus peticiones; y los que mas me repugnan son los togados: el clero en el fondo me es fiel y adicto, pero los otros me quieren envilecer. El regente hizo muy mal cuando les dió el derecho de reclamar; al fin y al cabo destruirán la monarquía: son una asamblea de republicanos; pero (este era su consuelo favorito) mientras yo viva durarán las cosas tales como están.»

En 13 de diciembre dispuso el rey una nueva sesión solemne del parlamento presidida por él ó sea una nueva cámara de justicia, en la cual mandó inscribir tres declaraciones: la primera imponía al parlamento silencio en la cuestión religiosa, fundándose en un breve del papa Benedicto XIV que predicaba la paz; por la segunda suprimió sesenta plazas de consejero en el parlamento de Paris, y por la tercera limitó las reuniones en pleno de las salas del parlamento, dejando solo á la sala superior el derecho de decidir la oportunidad de una asamblea general. Un párrafo adicional á este decreto declaraba criminal y tan punible como la rebelión, la huelga del parlamento como tribunal.

Sucedió sin embargo cabalmente lo que se había querido evitar. Todos los consejeros de ambas cámaras, es decir, de la sala de admisión de demandas y de la de investigación ó instrucción (1) en número de 129, presentaron su dimisión; lo mismo hicieron once magistrados de la cámara superior, y los abogados que habían ido al parlamento para defender causas se quitaron sus togas y cerraron sus bufetes.

El *Chatelet* cerró tambien sus puertas, y por la noche supo todo Paris con asombro que de todo el personal del parlamento solo permanecían en sus puestos 10 presidentes y 19 consejeros, lo que significaba que la justicia civil estaba en huelga.

«Si el parlamento, dice Bernis en sus Memorias, suspen-

(1) De *requêtes* y de *enquêtes*.

de sus tareas, quedan por lo pronto treinta mil personas condenadas á morir de hambre; la raza de los abogados y escribanos es el eslabon entre la clase media y el pueblo, y su conmoción conmueve muy pronto á todo Paris.»

En medio de la sobreexcitación general que originó este suceso del 13 diciembre, se notó un verdadero fanatismo contra la autoridad régia, la cual sin embargo en lugar de debilitarse, se afirmó con un suceso que habria acabado con ella, si la disposición de los ánimos hubiese sido como en el año 1744.

Por la tarde del 5 de enero de 1756 á las seis y cuarto despidióse el rey del delfin y de su esposa, para marchar á Trianon. En el momento en que puso el pié en el estribo del coche, y ladeándose un poco preguntó «¿hay alguien aqui?» un hombre de cinco piés y medio de estatura dió un empujon á uno de los suizos de la guardia de ciento; y adelantándose hasta el rey le hirió por detrás con un instrumento punzante. El rey se volvió y gritó: «Este hombre me ha dado un puñetazo terrible,» y llevando la mano á la parte herida y retirándola enteramente ensangrentada añadió: «Este es el infame que me ha herido; prendedle, pero no le hagais daño.» Dicho esto regresó sin apoyo de nadie porque no lo necesitaba, tranquilamente á su gabinete para examinar la herida.

El agresor fué preso por el señor de Verzeil, cabo de la guardia de Corps, que le preguntó: «¿Eres tú el miserable que ha herido al rey?» «Si lo soy,» contestó el hombre. Esta es en pocas palabras la historia del atentado de Damiens, tal como la refirió el ministro de la guerra, conde de Argenson, en una carta que escribió el 6 de enero á Voltaire (1). Segun Argenson, cuando se registró al hombre no se encontró mas que un pedazo de madera sin trabajar con una hoja á modo de cortaplumas como de pulgada y media de larga y dos líneas de ancha, 30 luises de oro en el bolsillo y una Biblia; pero papel ninguno que hubiera podido revelar algo acerca del individuo. Cuando le preguntaron el motivo que le había inducido á cometer el crimen, contestó al ministro de justicia y al canciller del Estado, que esto era cosa suya, pero que no habria pensado en ella si se hubiese ahorcado á cuatro ó cinco obispos que lo merecian. Juró por su alma que el arma no estaba envenenada, ni había pensado siquiera en envenenarla. De la bonita edicion en duodécimo del Nuevo Testamento que se le encontró en el bolsillo, dijo que queria mucho aquel libro. Declaró tambien que positivamente tenia cómplices, y que tocaria tambien su turno al señor delfin; pero que no descubriría á ninguno, aunque le atenaceasen; que todo lo soportaría para gloria de Dios y que moriría mártir. De estas declaraciones no se apartó ni cuando se le hubo puesto de pié y descalzo sobre un hierro candente. Dijo ser natural de Artois, y primero que se llamaba Damiens y despues Lefeuve.

Tomando el atentado por lo serio, aunque un hombre con una hoja de cortaplumas no podia herir peligrosamente al rey, como cualquiera comprende, resultaba de sus declaraciones que el motivo de su crimen había sido el fanatismo religioso, y era claro que solo los discursos jansenistas del parlamento podían haber excitado tal fanatismo. Si este hombre tenia cómplices, como había motivos bastantes para creerlo, entonces era evidente que existía una conspiración que no se dirigía contra un solo individuo, aunque este fuese el rey, sino contra todo un sistema. Así lo hacían creer tambien los anónimos amenazas que en los últimos meses se habían recibido en mayor número que de costumbre. Tambien se explicaban entonces muchos escritos jeroglíficos

(1) Véase la obra *Voltaire à Ferney. La correspondance avec la Duchesse de Saxe-Gotha*, p. p. Evariste Bavoux. Paris 1865.

que la policía había descubierto antes del 5 de enero, uno de los cuales en forma de hoja volante figuraba una escoba y un puñal, lo cual describió luego el gobierno, conforme Bernis dice con toda seriedad en sus Memorias, del modo siguiente: Barred la corte, ó sea, arrojad la criada y matad al rey.

El rey, cuya herida no tenia ninguna importancia, creyó sin embargo que estaba envenenado y se preparó á una muerte inmediata, cosa muy posible por lo demás, y que puso en el mayor apuro á la Pompadour, la cual tembló por la suerte que la aguardaba si el rey moría. En efecto, la muerte de Luis XV la habria precipitado sin misericordia de toda la altura de su poder, y la habria arrojado como víctima expiatoria al furor del pueblo. Jamás olvidó por tanto aquellas horas de angustia mortal que pasó sollozando solitaria y abandonada en su gabinete, atreviéndose apenas á respirar cuando ya Quesney ya Bernis, los únicos que le habían permanecido fieles, iban á darle noticia de la salud del rey y de la mala disposición de los ministros. En aquella situación triste juró venganza inexorable á los ministros de cuya deserción ó traición podia esperar lo peor; pero si al propio tiempo acaso juró gratitud al único ministro que le quedó fiel (Bernis), no cumplió como debía su juramento.

El cambio que se realizó en el ánimo de toda la corte, cuando el rey, al oncenavo día de haber sido herido, escribió por primera vez despues de su herida á la Pompadour, fué extraordinario. Toda la corte, reconociéndose culpable por la conducta que había observado en aquellos once dias de incertidumbre y de inquietud para con la amiga del rey, se inclinó mas profundamente que nunca delante de aquella mujer, apresurándose con mayor solicitud que antes á prevenir y cumplir sus menores deseos. La Pompadour así, con una energía brutal que hasta entonces no se le había conocido, las riendas del gobierno que habían caído por el suelo. Aquel dia que fué el 1.º de febrero recibieron la exoneración de su cargo el ministro Machault que había desertado de su partido, y el conde de Argenson que siempre había sido contrario suyo. El primero, encargado hasta entonces del departamento de marina, había adquirido en esta posición muchos conocimientos y la confianza del rey y de sus compañeros; mientras el otro, que había tenido á su cargo el ministerio de la guerra, era verdaderamente irremplazable, segun confiesa su adversario Bernis; de modo que la salida de estos dos hombres significaba la desorganización de todos los servicios en los ramos de guerra y marina, cabalmente en el momento en que para estos dos departamentos se presentaban los dias de mas dura prueba. El sucesor de Argenson á la cabeza del departamento de la guerra fué su sobrino el marqués de Paulmy, hombre ambicioso pero completamente incapaz. El de Machault fué un tal señor de Marás, que reunió el departamento de marina al de hacienda que ya tenia, y era si cabe mas incapaz que el otro, pero al propio tiempo bastante franco para no ocultar la convicción de su insuficiencia. En opinión de Bernis la administración de estos dos hombres era el principio de una anarquía completa y de una guerra de intrigas de todos contra todos en todo cuanto entonces se relacionaba con los asuntos mas importantes y vitales de la Francia, es decir, la guerra marítima y la guerra continental.

Segun el testimonio del abate Bernis, el admirador mas fiel de la Pompadour, esta mujer tenia en todos los ramos en que desde entonces puso la mano, la ignorancia y la credulidad de una niña. Toda su ciencia de gobierno consistía en la resolución de cumplir con todos los deseos de su amigo el conde de Kaunitz y de su enviado el conde de Starhemberg, por poco que fuese posible hacerlo á costa de la Francia; y toda su ciencia de elegir y tratar á las personas